

XI.

LA NOCHE DE BODAS.

Al salir de aquel lugar de desgracia, Luca Dolci se dirigió á su palacio, embozado hasta los ojos, pasando por los parajes más frecuentados, dejándose sospechar más bien que reconocer y excitando la curiosidad de todo el mundo. Al cabo de una hora todas las bellas ociosas de Venecia, es decir, todas las mujeres que tenían voz en aquella hermosa ciudad, sabían y referían cada cual á su manera el duelo habido entre los dos ilustres jóvenes. De esta manera, según deseaba Luca, la Marquesa oyó aquella misma mañana veinte historias del combate. Las damas con quienes mantenía relaciones de cortesía la Marquesa Giustiniani, unas le daban por amante á Miguel Gritti, otras á Luca Dolci; y como podía dudarse cuál de los dos había sucumbido, siendo diferentes las versiones del duelo, ninguna de aquellas señoras quiso privar á la Marquesa de la emoción que naturalmente habla de experimentar en la alternativa.

Próximo Luca á conseguir su objeto, redoblaba

las precauciones, cuidando en aquel momento supremo de no abandonar nada á la casualidad. Cuando calculó que la Marquesa debía estar suficientemente dominada por la angustia, le dijo por medio de un billete que Venecia no le ofrecía suficiente seguridad y que pensaba marchar al momento. «Temo mucho, añadía, que hayáis destruído en mí más cosas que habéis edificado. Por esta razón os digo adiós. Al pronto tuve la idea de que celebrásemos esta noche nuestra unión en la capilla de vuestro palacio y no partir hasta mañana; pero sin duda pensaréis como yo, que hago mejor en deciros adiós.»

A este billete, que nada le decía sino que Luca no había muerto, contestó la Marquesa: «Esta noche, terrible señor mío, esta noche.»

Cuando llegó la noche, todavía experimentó la Marquesa un momento de inquietud. El sacerdote á quien había mandado llamar esperaba más de una hora ya en la capilla. Onesta, maravillosamente vestida de medio luto, estaba sentada bajo su solio en la capilla. Cuatro doncellas de su servidumbre, vestidas de fiesta, asombradas y respetuosas, esperaban de pié en derredor suyo.

A las ocho llegó al fin Luca Dolci, precedido por toda su servidumbre de gran librea. Risueño

y perfumado, ligero y atrevido, entró en el oratorio respirando su apostura fresca juventud y ardiente deseo. Ceñía su talle blanco justillo de seda recamada de oro, y por encima capa de terciopelo azul bordada de gruesas perlas. En derredor de su toca, del mismo color que la capa, veíase rico cordón de oro sosteniendo un penacho de plumas blancas. En cuanto entró, besó la mano á la Marquesa y la llevó ceremoniosamente á la capilla, recibiendo allí la bendición nupcial en presencia de las personas de la servidumbre. En seguida acompañó Luca á su esposa hasta la puerta de su cámara, y ante la petición que sonriendo le hizo la Marquesa, se retiró á una habitación inmediata, dejándola con sus doncellas.

Luca llamó entonces á un criado suyo en quien tenía especial confianza, y le dió algunas órdenes en voz baja. Marchó el criado, y Luca, abriéndose el colete, sacó el rosario de puntas de acero que encontró por la mañana en el cuerpo de D. José, besólo varias veces con cierto frenesí, y lo ocultó con viveza en su pecho al oír pasos que se acercaban. Una doncella le avisó que la Marquesa estaba dispuesta á recibir á su señoría, y Luca siguió á aquella mujer, que lo llevó á la cámara nupcial.

Esta cámara estaba tapizada de terciopelo car-

mesi; dos lámparas de alabastro, en las que ardía aceite aromático, difundían blanca luz y saturaban el aire de voluptuoso perfume. En el fondo de este santuario, apoyado el codo en una consola colocada entre dos ventanas, estaba la Marquesa jugando con el dorado cordón de su bata de terciopelo negro, cuyas mangas, abiertas desde el hombro, caían perdidas dejando desnudos sus deslumbradores brazos adornados con pulseras de oro. Fina camiseta de bordes de encaje caídos cubría de menudos y diáfanos pliegues su pecho y garganta; tenía también los desnudos pies calzados con zapatillas de terciopelo. La especial claridad de la cámara daba mayor y más enérgico realce á la belleza de la joven; su color aparecía más mate bajo su oscura cabellera, y al mismo tiempo sus ojos brillaban con resplandor más profundo bajo sus azuladas cejas, que parecían pintadas como las de las mujeres de Oriente.

Luca se prosternó á los pies de la Marquesa.

—Paréceme — dijo — que me encuentro favorecido por una reina.... ó una santa — añadió con torpe sonrisa de libertino.

—Pues bien, ¿no era éste uno de vuestros sueños? — dijo la Marquesa levantándole y teniéndole á cierta distancia con las manos como para verle

mejor.—¿No he oído yo hablar de un niño muy malo que andaba por las capillas cantando á los santos letanías completamente profanas?

En seguida le atrajo violentamente sobre su pecho, y echando la cabeza atrás añadió:

—Santa ó no, he aquí una pobre mujer que os ama, ¿comprendéis?

Luca lanzó ligero grito de dolor. Onesta separó las dos manos y retrocedió como ofendida.

—Perdonad, alma mía—dijo Luca;—debo deiros que hace poco recibí un arañazo en el hombro y aun lo tengo dolorido.

—En ese caso, yo soy quien debo pedir os perdón, hermoso paje mío—contestó la Marquesa acariciando con la mano el hombro del herido.—Pero ¿cómo ha ocurrido eso? Me lo referiréis, ¿verdad?

—¡Curiosa! Sí, os lo referiré. ¡Oh, qué agradable cámara, hermosa prima! Permitid que la examine en detalle. Los sabios no cuentan más que siete maravillas en el mundo, y para todo enamorado existe la octava, la cámara de la mujer que ama. Antes de haber entrado en ella, ¿cómo se inclina la cabeza hacia ese paraíso! Y cuando al fin se le concede penetrar, no hay rincón que no atraiga sus labios..... el tapiz donde ella pone to-

das las mañanas los pies desnudos, las paredes saturadas de sus perfumes favoritos, y todo ese mundo encantador de elegantes bagatelas repartidas por los muebles, cosas de que formáis tesoros que se os piden de rodillas.....

Hablando de esta manera recorría Luca la cámara á pasos lentos, parándose delante de cada mueble, extasiándose ante cada objeto que tocaba. Sentada la Marquesa en un diván, le seguía con la vista, apoyada la cabeza en el tapiz de la pared y dejando pendientes los brazos.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó de pronto Luca Dolci levantando el tapiz que flotaba en un rincón de la cámara.—¿Qué veo aquí? ¿no es una puerta secreta? ¡Ah, señoras mujeres, por virtuosas que seáis, todas usáis más ó menos de la prudencia de aquel valiente que se hacía colocar un espaldar por si le abandonaba Dios y se hacía cobarde!

—¡Ah! ¡Señor, qué hombre!—exclamó la Marquesa riendo;—esa puerta da á la habitación de mi mono Annibal, que ha muerto.

—¡Tanto mejor!—exclamó Luca;—¡así perezca todo lo que os agrada, Marquesa! Pero he aquí otra puerta. ¡Cuántas puertas!

—Querido inquisidor, esa es por la que acabáis de entrar.

—En ese caso beso su umbral—dijo Luca.
Y lo besó, en efecto.

—¡Por mi fe!—exclamó un momento después,—
¡otra puerta más! ¡Ah prima! ¡ah cruel! ¿negaréis que ésta tiene aspecto traidor?

—¡Protéjanme todos los santos!—exclamó la Marquesa, riendo á carcajadas;—¿con qué contador de puertas me he casado? ¡Caballero, esa puerta comunica con el departamento de mis camareras!

—¿De vuestras camareras? ¡Ah! ¿vuestras camareras están ahí?—dijo Luca con inquietud que la Marquesa interpretó de un modo que no trataremos de determinar.

Pero ruborizóse al contestar:

—No, esta noche no están ahí.

Luca cogió una rosa de un vaso de China, la deshojó con los labios y arrojó los pétalos á su prima.

—¡Gracias, hermosa mía!—dijo.—Pero ¿qué juguetes son estos?—añadió el joven, que en su galante investigación había visto un par de pistolas sobre una consola.

—Esos juguetes están destinados á vengarme de los que me hagan traición, mi querido señor.

—En adelante ya no las necesitaréis, amor mío—contestó Luca.

Y antes de que la Marquesa pudiese prever su designio, acercóse á una ventana entreabierta y arrojó las pistolas al canal.

Irguiéndose Onesta en el diván, fijó en Dolci descontenta mirada.

—Oid, prima: cuando queráis matarme, bastará con que me miréis como me estáis mirando; no necesitáis otras armas, creedme.

Y tomando un cojín del diván, lo colocó á los pies de la Marquesa, sentándose humildemente en él. Tranquilizada Onesta por la ferviente admiración que leía en los ojos de Luca, dejó que su desnudo brazo quedase casi oculto bajo los bucles de cabellos que la inclinada cabeza del joven derramaba sobre el diván.

—¿Sabéis que, en el fondo, tenéis mal aspecto?—repuso.

En aquel momento sonó el reloj de Santa Maria Formosa.

—Dignaos decirme, prima, qué hora es esa que suena, y os contestaré en seguida.

—¿Esa hora? las nueve; pero sois insolente al preguntármelo.

—¡Ay! ¡he vivido en tan malas compañías! ¡Pensad que no he conocido á ninguna mujer honrada! ¡Creo que ya no las hay, lo cual es una felicidad!

—Voy á ponerlos en la puerta—contesto la Marquesa.

—¡Qué!—añadió Luca jugando con el cordón de la Marquesa;—¿no es una felicidad que haya pocas mujeres honradas y pocos diamantes en el mundo? Suponed que todas las riquezas de la tierra consistan en diamantes y que todas las mujeres sean honradas, y os preguntaré en seguida: ¿con qué se hará el comercio?....

—¡Oh Febo!

—A propósito: ¿decís que tengo mal aspecto? ¿Quién tiene la culpa, alma mía?—continuó diciendo Luca con ternura en la que la Marquesa comenzó á distinguir cierta ironía.—Ha llegado el momento en que os confiese, querida prima, que había resuelto convertiros. ¡Dios mío, sí! Yo mismo me río de ello; creí poder atravesar como triunfador entre los vicios del mundo sin que ninguna de esas serpientes me mordiese el corazón. Creía que los labios infames no dejaban huella; que el libertinaje era una embriaguez y no un veneno. Creía que podía blasfemar la boca y el alma continuar santa, y que la frente podía olvidar el rubor sin que el alma olvidase el remordimiento. Pues bien; prima, tan cierto como que vuestra belleza es única bajo el cielo, era yo un idiota. Mi

aspecto es malo, pero yo soy peor y de una manera incurable. Gran desgracia es, señora, que la forma sobreviva al fondo; que nuestro rostro y nuestro cuerpo, siendo cosas vanas, permanezcan inalterables, cuando todo cambia y se deforma por dentro. ¡Mal aspecto! ¿Cómo decís eso? Cuando me miro, me veo los mismos ojos y las mismas facciones; mi madre me reconocería; pero cuando penetra la mirada en mi interior, señora, encuentro vacío el lugar del corazón y me veo un alma extraña que Dios no reconocerá. Prima mía, hermosa prima, ¿quién tiene la culpa?

—¿Á qué se dirigen esas galanterías en este momento, messer Luca?

—A esto—contestó Luca sentándose en el diván y cogiendo con fuerza la mano de la Marquesa—á esto: que es preciso guardarse, si se quiere permanecer hombre honrado, de conocer y amar á ciertas mujeres.

—¿De quién habláis, Luca?

—De las mujeres orgullosas que saben mandar á sus pasiones, que no tienen debilidades ni perdonan las ajenas. Hablo de las mujeres que no tienen ninguno de los defectos de su sexo, y que desde lo alto contemplan con desdén los extravíos de unas y sonríen ante las desgracias de otras. Hablo

de aquellas que se dicen: «Poseeré y jamás seré poseída»; que lo dicen y tienen el heroísmo de no faltar á su palabra, porque estas prudentes personas piensan en el mañana. Para las necias, las traiciones, lágrimas y amargos arrepentimientos; para las necias que nada prevén, los desengaños y el abandono; ¡pero estas, estas amazonas todo lo prevén! Sin embargo, vos no habíais previsto lo que sucede, prima.

—Todo eso significa, sin duda— interrumpió la Marquesa, inquieta, pero siempre altiva— que os habéis aficionado á las cortesanas y que ningún atractivo tiene para vos la mujer honrada.

—¡La mujer honrada! vos lo habéis dicho— replicó Luca con voz más sarcástica y vibrante;— ¡vos sois una mujer honrada! En efecto, no tenéis amante.... La pobre Julia Contarini tenía uno; la Dolfina tiene ciento; así, pues, estas no son mujeres honradas.... pero son mujeres; ¿comprendéis? mujeres, y vos no lo sois.

—¿Estáis loco, Luca?— dijo la Marquesa, sobrecogida.

—Vos pertenecéis— continuó diciendo con salvaje violencia— á la especie peor que puede existir: el demonio de la vanidad amasó vuestro corazón con sus propias manos, y sin duda puso en él

cierta curiosidad viciosa que no me atrevo á nombrar. Sin haber amado, estáis hastiada como yo mismo. Todas las mujeres como vos tienen el alma libertina. ¡Oh! cuando Dios envuelve un ser tan infernal en cuerpo tan hermoso como el vuestro, señora, mejor sería podrirse toda la vida en el calabozo más atroz de nuestra inquisición de Estado, que encontrarse una sola vez á vuestro paso.... ¡Bah, prima, bah! no llaméis; aun tengo que decir algo. En dos palabras: sois una coqueta, una coqueta sin pudor; sois de esas mujeres que no quieren amantes, pero que gustan de arrebatarlos á las otras. No tenéis corazón y no amáis, puesto que ayer me mandasteis á una muerte casi cierta, únicamente por satisfacer vuestra vanidad. Hoy me habéis dado vuestra mano no sé por qué; para que no me casase con otra ó para conservar la herencia de nuestro tío. Por mi parte, Onesta, os amo, vuestra belleza me domina por completo. Procurad comprenderme bien; puedo ser vuestro amante esta noche, y si renunciase á ello, Dios es testigo de que haría el sacrificio más grande que puede hacer un hombre débil como yo. Pues bien, anoche y esta mañana he cometido dos crímenes que me pesan tanto, que voy á expiarlos con este sacrificio. ¡Ahora rezad una plegaria y encomen-

dad vuestra alma á Dios, si creéis en Dios y en vuestra alma, porque váis á morir!

Luca Dolci terminó estas palabras con terrible gesto de decisión. La Marquesa desprendió violentamente la mano y se lanzó al centro de la habitación.

—Si es una broma de libertino—dijo—haréis bien en no prolongarla, messer.

Luca se había levantado, arrancó los alamares del justillo y sacó del pecho el rosario de puntas de acero.

—He aquí—contestó—una reliquia que he recogido sobre el cadáver de D. José de Frías. ¡Pobre corazón, deshonorado y muerto por mí! Por esta reliquia os juro que dentro de diez minutos estaréis muerta.

—¿Qué clase de miserable y cobarde soís, si imagináis siquiera ese crimen?—dijo la Marquesa.

—Soy como me habéis hecho—contestó Dolci estrujando con furor el rosario en la mano—como me habéis hecho; ¡no tengo valor más que para el crimen! ¡Y puesto que puede haber uno útil, voy á cometerlo! Ya no haréis daño á nadie. Conveniente sería que todas las mujeres que se os parecen fuesen las primeras víctimas de los miserables que hacen. ¡Pero esta vez, al menos, se hará justicia!

—¡Dios del cielo!—exclamó Onesta;—¡y es un noble, un Dolci, quien habla de asesinar á una mujer!

—¡Un Dolci, sí, prima! Los de mi nombre mueren á manos de mujer, y yo voy á matar á una; ésta es toda la diferencia—dijo Luca riendo.

Y desenvainó su puñal de aguda y afilada hoja.

—¡Ah! ¿así obráis?—replicó la Marquesa retrocediendo.—¿Creéis que voy á arrodillarme y á presentaros el pecho? ¡A mí, socorro, á mí!

—Vuestra servidumbre está lejos; vos lo habéis dicho. Mejor haréis en rezar.

—¡Acercáos, Luca! ¡tratad de acercaros, y veréis si tengo miedo! Habéis pensado en todo, ¿verdad? Pero no habéis pensado en que me defendería y que estáis herido..... ¡Acercáos, y os retuerzo los brazos!

—Creedme—dijo Luca con espantosa calma;—estáis irrevocablemente perdida. Suponed que os encontráis en el término de una enfermedad mortal, y resignaos. ¡Arrodillaos ahí!

—¡Vamos, messer, concluyamos!—dijo la Marquesa.—¡Estáis loco! ¡Me burlo de vuestro puñal! ¡Salid de mi casa! ¡Si quisiera, tendríais ya clavado vuestro mismo puñal en el corazón!

—Eso mismo había previsto—contestó Luca dando un golpe con el pie.

En seguida se levantó el tapiz que ocultaba una de las puertas, y entró el caballero Vespasiano, mudo, pálido y ostentando su rostro la expresiva belleza que las circunstancias solemnes de la vida prestan hasta á las facciones más vulgares.

Al aspecto de aquella figura, impasible como la de juez sobrehumano, la Marquesa cruzó las manos y cayó de rodillas aterrada.

—Caballero—exclamó—no os conozco; ¿qué os he hecho? ¿qué queréis de mí?

—Este es el amigo de Miguel Gritti. Rezad—dijo Luca con voz breve.

—¡No rezaré, no! Me mataréis sin que rece, y este crimen más pesará sobre vuestra alma.

—¡Que caiga sobre mí!—dijo el joven dando un paso hacia ella con el puñal levantado.

—Oh, caballero—exclamó la aterrada mujer abrazando las rodillas de Vespasiano:—¡defendedme!..... ¡tened compasión!..... Nada he hecho para morir, lo juro.....

La frente del caballero estaba inundada de sudor, pero no se movió.

Volviéndose entonces Onesta violentamente, se arrastró á los pies de su joven esposo y alzó hacia él sus hermosos ojos llenos de lágrimas:

—¡Luca!—gritó—¡mátame! ¡Te amaba! ¡mátame si quieres! ¡Te amaba con todo mi corazón! ¡Oh! ¡Luca..... mi amante..... mi esposo!.....

En aquel instante sintió Luca un vértigo de los que solían acometerle, y se llevó la mano á la frente.

La Marquesa se levantó bruscamente, lanzóse con desesperación hacia la puerta y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Socorro! ¡socorro!

Pero en el acto sintió sobre su cabeza la ancha mano de Vespasiano, y agobiada por aquella irresistible fuerza, cayó otra vez de rodillas.

—¡Arrepentíos, Onesta, arrepentíos! ¡ha llegado la hora!—dijo Luca, que estaba á su espalda levantando el puñal sobre su cabeza.

Y al mismo tiempo la hoja brilló como un relámpago, desapareciendo por completo entre el hombre y el pecho de la joven, que cayó muerta sin lanzar un grito.

—¡Caballero!—dijo entonces Luca á Vespasiano—apoyaos en mi brazo, en mi brazo izquierdo, porque me parece que os ponéis malo. ¡Venid!..... ¡salgamos de aquí!

FIN.